



... encendió candelas sobre un plato de loza lleno de aceite... y descorchó una botella importante y vieja...

a] Alberto Derreca apareció por las cuadras tres días después de que su hermano, un desvalido mental de insuficiencia fluctuante al que llamaban Manuel —como a un gato persa que anduvo por la casa hasta que apareció ahorcado y seco, el gatito Manuel—, le disparase a las piernas dos cartuchos de postas. Llegó desde la tierra de

Medeiro Vaz y pasó por Campo de Su Pensar, ensuciándolo todo de sangre, las cambronerías, la ruina de los tapias que encontró a su paso, cojeando algo, despidiéndose.

Los perros galgos y la agitación general de las caballerías avisaron a Serena Sédar. Ella dejó el apoyo de la alberca. Pero no se había asustado nada y siguió a lo suyo. Enredando ramas de tamarisco estaba y siguió enredándolas. Alberto Derreca subió hasta la casa para desinfectarse los agujeros de las piernas. Bebió café como si fuera agua, sin ninguna contención, y escondió la Biblia en alemán que se quedó abierta sobre el atril de estaño la madrugada en que salió a cazar con su hermano. Luego cayó como un escombros sobre el orden amable de las sábanas. Soñó con las minas. Y con repetidos vuelos en avioneta.

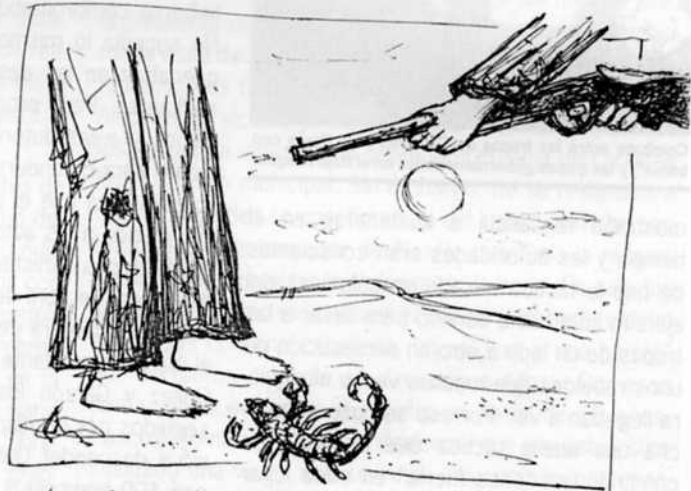
A su tonto hermano Manuel le había traído el caballo con un trote disperso hasta las inmediaciones de la casa. Era un animal disciplinado y sabía el camino de otras veces. Puede que oliera el petróleo del almacén. O no lo olió y de veras le fue orientando la costumbre. El caso es que de no ser por el caballo, el hermano de Alberto Derreca hubiera muerto de hambre por esos campos grandes, o de sed, o le hubiera matado alguien o algo. Porque ese era el miedo que guardaba detrás de los ojos desde que abandonaron Europa a toda prisa, que el fuego limpio como limón de una ametralladora le atravesara el pecho y se lo dejara roto. Un pecho inservible, para renunciar.

Desmontó y le dijo a Serena Sédar que a Alberto Derreca le había mordido un alacrán, como un alacrán de Durango, de un color crudo cautivador y elegante. Eso le dijo. Y ella se encerró con llave en su habitación, encendió candelas sobre un plato de loza lleno de aceite —como la víspera de Nuremberg— y descorchó una botella importante y vieja que había llevado con ella durante doce años o más. Hubiera llorado, no por la ausencia de Alberto Derreca, sino por ella misma. Así es que cuando le vio llegar, tres días después, se sintió una mujer innecesaria.

A empujones, pero sin malicia verdadera, Alberto Derreca había

despertado a su hermano una madrugada ya calurosa. Le dijo que se iban al predio de Medeiro Vaz, a ver el campo seco, repujado como un cuero animal de otra época y sin dueño. A dar vuelta y a cazar si salía algo. Como hacía años. Después de enjazar los caballos con lo mejor —Alberto Derreca apenas utilizaba el Land Rover para recorrer el llano, era porque no le gustaba—, volvió a la casa a buscarle y se convenció de que los inocentes de su especie no tienen pereza ninguna. Ni tampoco se dejan asombrar por la prisa. Y de lo que desde luego no saben nada es de habilidades para las cosas domésticas. Por eso no le hizo reproches cuando se lo encontró todavía sentado en la cama sin saber qué hacer. Le ayudó a vestirse y salieron, despacio, hacia la crestería de la sierra.

Y después, a la vuelta, Manuel ni siquiera había mirado a Serena Sédar. Sólo porque anocheecía desmontó, y porque ya estaba can-



Le había disparado a las piernas dos cartuchos de postas pero era porque Alberto Derreca se había descuidado al sentarse al lado del alacrán...

sado de las alturas de la grupa, y le dijo lo de Alberto Derreca y el alacrán, como los de Durango. Porque anocheecía y entonces se lo llevaba enseguida el sueño. No porque ella estuviera esperando alguna confidencia, espantada, como muerta. Le había disparado a las piernas dos cartuchos de postas, pero era porque Alberto Derreca se había descuidado al sentarse al lado del alacrán. O quizás se había disparado sola la escopeta traidora, quizás. Y allí se

Javier Sebastián, autor aragonés nacido en 1962 y afincado en Barcelona, ha publicado *La casa del calor*, *El hombre constante* así como *Historia del invierno*. Estuvo en Andorra para comentar esta última novela con el grupo de lectura de la Casa de Cultura. Su sólido y particular estilo de narración, insólito, perturbador, de una gran riqueza expresiva y de difícil acceso, donde las descripciones dejan paso a una forma diferente de narrar los sentimientos y emociones de los protagonistas, le han hecho ocupar un lugar destacado en el panorama literario español.



y cerró los ojos mientras atravesaba el estrecho de Gibraltar hacia ningún sitio del mar Atlántico.

quedó Alberto Derreca, en lo de Medeiro Vaz. Mirándose las piernas.

Entonces Serena Sédar no lloró. Le entristeció no poder hacerlo. Algo temperamental. Apuntaló la puerta de su habitación y se emborrachó para no oír los gritos de Manuel, la simplicidad.

Es verdad que cuando vio llegar a Alberto Derreca, tres días después y casi vacío de sangre, estuvo a punto de echarse a sus pies y acariciarle los agujeros de las piernas. Hubiera convenido con él en la manera de mortificar a su hermano hasta quebrantar aquel apego suyo a la vida. Pero se contuvo, porque lo único importante era dejarle una jarra grande de café junto a la cama. Y preservar el silencio. Como cuando le hirieron en Berlín y tuvo que volver a la casa familiar de Waltershausen. Allí fue donde ella le sirvió por primera vez. Lo mejor que supo. Poco después, la huida. Alberto Derreca, su hermano y ella fueron los únicos de la casa que llegaron a Génova. Embarcaron y se despidieron de todo para siempre. Serena Sédar pensó que aquello le resultaba menos doloroso de lo esperado. Y cerró los ojos mientras atravesaban el estrecho de Gibraltar hacia ningún sitio del mar Atlántico.

Igual que entonces, Alberto Derreca exhibía ahora todo su desprecio por lo que le rodeaba, los agujeros de las piernas, sus perros galgos. Después de dormir durante más de veinte horas llamó a Serena Sédar y le preguntó dónde está mi hermano, dime. Ella le dijo que volvió aquel mismo anochecer. Le trajo el caballo y aún le olía la ropa a pólvora. Estaba en el almacén, pero no se merecía nada, ningún cuidado, ni dedicación. Serena Sédar le sirvió carne de buey y naranjas.

Desde que volvió a solas montado en el caballo bueno, el hermano de Alberto Derreca no había salido del almacén. Se lavaba las



y apareció con una navaja en el almacén...

manos con el petróleo de los bidones y cantaba himnos patrióticos sin cesar. Entre tanto, ella no pensó más que en los campos largos que estarían quedándose con la sangre de Alberto Derreca. Tan desolada por ello. Y lo que hizo fue seguir esperando, qué otra cosa podía haber hecho.

Trató, eso sí, de hacer sus averiguaciones. Cuando le llevaba agua y comida al hermano tonto de Alberto Derreca se entretenía por el almacén como si buscara algo. Removía la cordería abandonada, levantaba cajas antiguas, embalajes. Luego se sentaba a su lado y le contaba historias acerca de un barco de refugiados. Le limaba las uñas y esperaba. Pero Manuel parecía haber ahogado en su inocencia toda la memoria de las cosas ocurridas. Y al poco se quedaba dormido sobre un catre de polvo que había servido para todo. Allí estaba bien. No tenía calor ni oía casi a los caballos. Ni le entraba el miedo ese que alguien debía de estar enviándole.

Pero, lógicamente, un hombre como Manuel no es capaz de calcularlo todo: quemarle las piernas a su hermano, luego a solas con ella. Ya vendría, acostumbrada. Así es que cuando Alberto Derreca se levantó, después de haber dormido más de veinte horas, y apareció con una navaja por el almacén, a Manuel ni siquiera se le ocurrió asustarse. Sólo unos minutos antes, Serena Sédar le había dicho a Alberto Derreca ahí lo tiene, en el almacén.

Ahí lo tenía. ♣